

# EL MATRIMONIO

El por qué seguían reuniéndose cada semana sin fallar ni una sola vez durante los últimos años, ninguna de las tres parejas lo sabía.

Se habían conocido en un viaje a Europa durante una excursión grupal de las de “viaje ahora y pague después”. El grupo era muy numeroso y predominaban las personas de edad avanzada y las mujeres, empleadas todas ellas de una secretaría de gobierno y que celebraban veinte años de antigüedad.

En menos de una semana, después de iniciado el paseo, este grupo de mujeres se había apropiado de todo. Ellas eran las que escogían las mejores mesas de los restaurantes, pedían los cuartos más cómodos de los hoteles, se apropiaban de la mitad delantera del autobús. Su conversación era siempre a gritos, de una mesa a otra se comunicaban entre sí. Al guía, un español algo tímido, le colocaron el apodo del “pelón” por obvias razones y que al pobre hombre tanto molestó durante el viaje. A él lo hacían responsable de todo: de los atrasos, de las pérdidas de bolsas, peines, papeles, dinero; de que la comida estuviera caliente o fría, hasta de que lloviera o no les gustara determinado sitio.

El resto del pasaje, discretamente, fue replegándose ante esta avalancha de mujeres que se sentían libres por primera vez en su vida. Algunos protestaron al principio pero terminaron cediendo en todo. Sólo cuando terminó el viaje comentaron el desastre de viajar en grupo, y sobre todo, platicaron mil anécdotas de la falta de cultura y los escándalos del grupo de mujeres que les habían estropeado la excursión.

## EL MATRIMONIO

Las tres parejas fueron de las que no protestaron y, para evitar molestias y poder disfrutar algo del viaje, prefirieron separarse lo más posible de las demás personas. En los restaurantes buscaban la mesa más alejada, en el autobús o en los aviones tomaban los últimos lugares, en los museos se separaban del grupo y por su cuenta admiraban las obras de arte.

Naturalmente después de algunos días de tomar esta actitud hacia los demás los obligó a acercarse entre ellos e iniciar una plática. El primer tema fue el lógico: una queja común por las incomodidades del viaje y de la mala suerte de haberles tocado un grupo así. Se prometieron que nunca más volverían a viajar de esa manera. Días después se iniciaron las confidencias, del lugar de donde eran, de la calle donde vivían, de sus profesiones o trabajos, de sus familias. Después se habló de los gustos personales de cada uno de ellos, de sus ambiciones y sus ideologías tanto políticas como religiosas. Por último cada uno comentó sus propios defectos, sus odios, sus envidias. Claro que no de golpe, sino poco a poco.

Este decirse la verdad fue propiciada por la gran cantidad de horas que pasaron juntos, por la situación del viaje en sí, que hace, igual que se deja atrás o lejos a la familia, al país, al trabajo, a las ocupaciones, se dejen también los tabúes, la desconfianza y el egoísmo. Muchas de las confidencias más profundas nacieron después de beber en un bar vino o licores en cantidad no acostumbrada.

Fue profunda la unidad que lograron ya que desde el día que iniciaron la charla y hasta el final del viaje siempre hicieron todo juntos. Comían en la misma mesa, iban a los mismos espectáculos, las tardes libres iban a las mismas tiendas o a los mismos lugares.

El matrimonio más joven ya tenía diez años de casados y diez y ocho el mayor. Todos tenían hijos y su posición social era de clase media tirando a

## EL MATRIMONIO

media alta. Como todos los matrimonios habían pasado, de una época de oro al iniciarse su vida conyugal, a una conflictiva después de algunos meses, para seguir con una era de apatía o desinterés por ambas partes y terminar con una de entendimiento mutuo o de acostumbramiento. Ahora, con motivo del viaje, todos creían estar en una nueva etapa de oro y su frase común era que estaban viviendo su segunda luna de miel, cosa que en ninguno de los tres casos llegó a ser tal. Ya no había nada que descubrir ni nada nuevo por enseñar. Pequeños o grandes rencores se acumulaban en el interior de cada uno de ellos. Las relaciones sexuales, que durante el viaje fueron más frecuentes que lo habitual, no eran nada con las de su verdadera luna de miel o con el recuerdo idealizado de ellas. Las mujeres, con rencor, recordaban cuando su marido sólo tenía ojos y atenciones para con ellas, y en cambio, ahora, les interesaban más las otras mujeres. Si por ellos hubiera sido andarían tras de una jovencita y las hubieran dejado a ellas plantadas. Los hombres terminaron separándose de sus mujeres horas enteras en las que contaban chistes o hablaban de negocios, mientras que ellas, en un sitio cercano, hablaban sobre sus maridos, sobre sus hijos o sus problemas domésticos. Ellas se vengaban de sus hombres gastando más dinero del necesario, compraban perfumes, ropa o regalos. Una de sus venganzas más sutiles era hacerlos perder horas enteras en las tiendas.

Las tres mujeres eran románticas y soñadoras. De un palacio o castillo no les interesaba su arquitectura o las obras de arte que contenían. Ellas, sin fallar, se veían a si mismas vestidas con trajes de la época y a un príncipe que bailaba, llevándolas en sus brazos, un vals tocado por una orquesta en el salón real. Si visitaban un mercado de flores pensaban en el gran ramo de flores que un galán les llevaría al terminar el día. Al asistir a la ópera escogían al cantante que iría a cantarles al balcón esa misma noche, noche de luna llena. En las grandes catedrales pedían perdón por faltas imaginarias.

## EL MATRIMONIO

Ellos en cambio eran más prácticos, calculaban el costo del edificio o se entusiasmaban de su arte arquitectónico. Las catedrales las dividían en góticas, románicas y barrocas. En los palacios o castillos recordaban hechos históricos. Nunca se sintieron reyes decapitados o pintores no valorados en su época.

Conforme pasaban las semanas la confianza aumentaba entre todos y se consolidaban, sin saberlo ellos mismos, dos bloques opuestos. Hombres contra mujeres. La famosa guerra de los sexos.

En el viaje los hombres extremaron su cortesía. Si una mujer llegaba todos se ponían de pie, solícitos corrían a acercarle la silla, le encendían el cigarrillo, cargaban sus paquetes, preguntaban si estaban cómodas, caminaban sobre el lado derecho de la acera. Cientos de detalles que usaron de recién casados pero que en los últimos tiempos habían olvidado.

Las mujeres, por su parte, correspondían a su modo a estas galanterías. Daban las gracias por cualquier atención, les servían los alimentos a sus parejas, les preparaban el café, procuraban que su ropa estuviera impecable.

El resto del grupo tuvo por fuerza que fijarse en ellos, el comentario general era que formaban tres matrimonios modelos. Mayor cortesía de unos con otros no era posible.

La queja principal de los hombres, cuando estaban solos, era la pérdida de la libertad. Libertad en todos sentidos. Si no eran religiosos tenían que acompañar a su esposa a la iglesia, si les gustaba la lectura, ésta la tenían que hacer en su oficina o hasta en el baño, pues a las mujeres les molestaba que lo hicieran delante de ellas. Tenían que seleccionar a sus amistades ya que si alguna no era del gusto de su cónyuge la convivencia era imposible. Prácticamente no tenían horas libres para dedicar a sus gustos o para visitar a alguna persona en particular ya que la mujeres les reclamaban inmediatamente ese tiempo que, según ellas, les pertenecía. Su dinero directa o indirectamente

## EL MATRIMONIO

estaba manejado por ellas. Aún algo tan personal como la ideología, si era contraria a la de la esposa, no podía discutirse sin riesgo de un conflicto. La mujer escogía los médicos, los lugares a donde ir de vacaciones, la decoración de la casa, la escuela de los hijos, las visitas sociales y familiares, los regalos, las comidas. En fin, todo.

Los tres maridos, al platicar, se asombraban que las mujeres usaran las mismas mañas, las mismas tretas. Ellos pensaban que sólo su mujer era capaz de llevarlas a la práctica. Salió en la conversación masculina que ellas ganaban por el llanto, la súplica, el chantaje, la amenaza, las crisis histéricas, los silencios, el cariño, el sexo, o la unión que lograban con los hijos o los demás familiares.

Las esposas, por su lado, se quejaban de que sus maridos ya no eran los mismos que cuando se casaron, que habían perdido todo el romanticismo, que ya no les daban el lugar que les correspondía, que leían el periódico en lugar de platicar con ellas, que pocas veces las acompañaban al cine o al teatro, que siempre estaban cansados, que no las informaban de sus trabajos o de sus amistades, que iban a todos lados sin ellas. Por supuesto el gran tema, que tocaban sin el menor pudor, era el tema del sexo. Criticaban a sus parejas de la disminución de sus relaciones, decían que no las satisfacían completamente, que si no fuera por sus profundas creencias religiosas ya les hubieran puesto los cuernos como ellos seguramente lo habrán hecho no una sino varias veces. Al ver las estatuas griegas comparaban el sexo de sus maridos y terminaban riéndose de ellos. La locura fue en Ámsterdam donde pudieron asistir a un espectáculo erótico. La comparación fue terrible. Las pláticas de las mujeres terminaban cuando comentaban que ellas no le pedían a su pareja dinero, joyas o bienes materiales, que lo que ellas querían era atención, que su hombre

## EL MATRIMONIO

las acompañara a todos lados, que platicara de todo y fuera responsable. Para eso se habían casado.

Claro que no faltó, por ambos bandos, la crítica a la familia del contrario: mamás, padres, hermanos, tías. En este punto todos estaban de acuerdo. Las familias de los cónyuges eran insoportables y vulgares.

Al finalizar el primer mes, de los dos que iba a durar la excursión, la guerra se desató descaradamente. Si los hombres proponían ir a algún museo, las mujeres protestaban diciendo que ya estaban cansadas de ver tantas pinturas iguales y vejestorios, que mejor fueran a algún buen restaurante o al teatro y mejor aun que fueran de compras. Si ellos se enfrascaban en una plática política con pasión, ellas llegaban a interrumpir y se ponían a hablar de modas. Los hombres, cuando ellas hacían compras, fingían haber olvidado en el hotel su tarjeta de crédito, se reían abiertamente de alguna prenda de vestir que ellas trataban de lucir, como sombreros o zapatos; se pasaban más horas de las debidas en los museos. Ellas, al verlos mirar a otras mujeres, les decían que para qué lo hacían si ellos ya no. Por supuesto que no terminaban la frase. Los maridos furiosos les hacían preguntas que estaban seguros ellas no iban a poder contestar, como por ejemplo las dinastías reales, el estilo de pintura de Rubens o Delacroix, o las fechas de tal o cual batalla. Con aire de superioridad, cuando ellas no podían contestar, ellos decían la respuesta y se veían entre sí y después sonreían.

Llegó el día en que ya no pudiendo aguantar más iniciaron sus reclamaciones en público. En el primer mes, cuando algo les molestaba, esperaban a estar a solas en sus respectivos cuartos y ahí tenían el altercado. Ahora ya no. Al fin que los seis ya se conocían muy bien y podían aguantar todo lo que se dijera. Cuando se iniciaron este tipo de pleitos entre una pareja, los demás, discretamente se retiraban o se hacían los desentendidos. Después

## EL MATRIMONIO

fueron tomando parte y las discusiones se hicieron muy agrias. Los hombres defendían a su sexo y las mujeres al suyo. Por supuesto que esto no pasó desapercibido por el resto del grupo. Ahora los vigilaban constantemente para enterarse como iba la situación.

Los últimos quince días del paseo con cualquier pretexto se iniciaba un pleito para seguir con otro. Ya nada les parecía bien a nadie, todo lo criticaban, en especial lo que hacía o decía su pareja. Las mujeres burócratas nunca se atrevieron a intervenir, pero estaban, por supuesto, de parte de las mujeres.

Fue hasta el último día de la excursión que todo cambió. Las parejas intercambiaron direcciones, se prometieron verse por lo menos una vez a la semana, hablaron de lo maravilloso del viaje, de lo bien que se habían entendido, de que esta sí era una verdadera amistad, que tenían que conocer a sus respectivos hijos y cambiar fotografías entre sí. Que si llegaran a efectuar otro viaje ya no sería en grupo, con esas mujeres que tanto los fastidiaron, sino que sería entre ellos y quizá alguno de sus hijos. Al llegar al aeropuerto de la ciudad de México todos se abrazaron, las mujeres lloraron.

Ahora llevan dos años reuniéndose. La confianza del viaje desapareció desde la primera reunión. Ya todos eran un poco desconocidos. Por sus actitudes se veía que estaban arrepentidos de haberse confiado tanto unos a otros. La plática era siempre superficial, recordaban lugares que visitaron, criticaron meses enteros a las mujeres que viajaron con ellos, se mostraron una y otra vez las fotos que tomaron. Pero nunca más volvieron a tener el contacto y la confianza que se formó durante el viaje. Cuando se tocaba, en la plática, la felicidad en el matrimonio, cada uno proclamaba que el suyo era lo máximo y que jamás una sombra lo había opacado. Las mujeres hablaban maravillas de los hombres y estos maravillas de sus esposas.

## EL MATRIMONIO

En la última reunión planearon un nuevo viaje, éste de menor duración y a otros países. Todos aceptaron encantados. Ninguno recordó los incidentes desagradables del anterior. Todo era dicha y placer.

A la semana de iniciado el viaje a Latino América empezaron las discusiones, los gritos, los insultos. Tuvieron que interrumpir el viaje en la ciudad de Buenos Aires. Ahora ya nunca se visitan.

**TOMÁS URTUSÁSTEGUI**

**1999**